

Precio 15 céntimos



# LA SAEMIA

ARTISTA DE ÓPERA



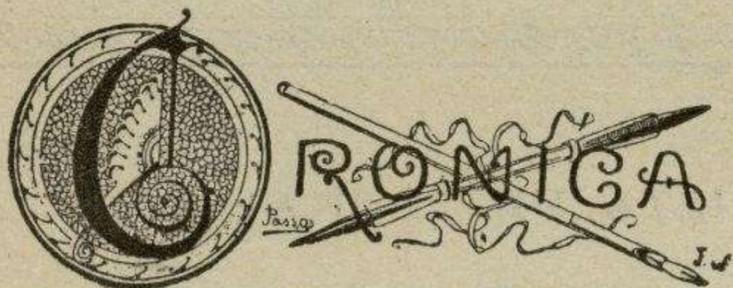
Curieses Bargalia.

# LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO  
**DANIEL ORTIZ**

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas  
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »  
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



**E**stos calores hacen perder la cabeza á más de cuatro.  
Digalo sino aquel [viejo] sesenton de la provincia de Orense.

Requebró de amores á una linda lavanderita que está lavando en un rio; la bella parece ser que no le hizo caso, y entonces el viejo se dijo:—Voy á ver si le flecho...—y ¡zas! en un dos por tres se quitó la ropa y se tiró al rio.

Eso era lo natural: tirarse al agua; pero no pararon aquí los acontecimientos.

Salió el viejo en paños escesivamente menores é intentó abrazar á la hermosa y empedernida lavandera. Esta Lucrecia le rechazó con horror y echó á correr. El comenzó á perseguirla.

Corriendo, corriendo llegaron á un paseo público, y escusamos decir la que se armaria viendo la gente el estado primitivo en que se hallaba el anciano.

Unos le arrojaban pañuelos otros hojas de higuera para que se tapase.

El pudor en forma de guardia municipal concluyó por imponerse al viejo, y echándole mano al cogote, lo trasladó á la prevención, donde es probable que á estas horas se le haya apagado el fuego que le devoraba.

No sé porqué siempre que se habla de un viejo así se me figura estar viendo á Cánovas.

Supongamos que la lavandera representa la libertad y la ilusión sería completa.

\* \*

¡Ah, nunca se concluirá la raza de los conejos!

En Lyon acaba de ser consagrado obispo de Benin el señor ó el *mustú* Chausse.

Para celebrar tan fausto acontecimiento reunió en un banquete á todos los curas que tenia en la familia, que resultaron ser los siguientes:

José Chausse, prior de la Trapa, su hermano;  
Dos hermanas carnales, religiosas maristas;  
Sus sobrinos el abate Juan Bautista Chausse, y Federico Chausse, también abate;

Su primo abate, José María Chausse, y otro primo, superior del seminario Verrierel;

Tres hermanos de éste, también curas;  
Augusto Chausse, obispo de Canton (China) y el hermano de éste, cura de Saint-Etienne.

Un banquete de sotanas debe parecer una cazuela de calamares guisados en su propia tinta.

Aquí encajaría bien que algun calculista nos dijese si con los manteos de la familia Chausse, hechos tiras, se podía dar tres vueltas al globo

terráqueo.

¡Cuidado si ha dado presbíteros esa familia!

Asi como en las de los Valeros y Garcias todos nacen cómicos, en la familia de Chausse todos nacen ya con alzacuello.

Seis familias como esa y todos somos curas.

El obispo de Benin debió mostrarse satisfecho durante la comida. Podía, si hubiese querido, haber salido desde allí mismo para la conquista de Jerusalem nada mas que armando á sus parientes.

Ahora quisiéramos saber cuánto suman los pecados que deben haber perdonado los Chausse. Tal vez llegue á setenta trillones.

Pues y las misas que habrán dicho? ¿Y las ánimas que habrán sacado del Purgatorio? ¿Y las sotanas que habrán roto? ¿Y el vino que habrán bebido durante la celebración de la misa? ¿Y...? Pero no prosigamos.

Conste que en Lyon, y en una sola familia, tenemos curas para toda la siega.

\* \*

¿Han visto Vdes. qué animales son los animales?

Segun leo en los periódicos, en la India se entretienen los monos en hacer gimnasia en los alambres del telégrafo.

Los *picos-verdes* tienen otra diversión; agujerean los palos del teléfono para comer los gusanos que cria la madera.

En Noruega los osos destrozan los postes telegráficos, y en España los toros embisten á las locomotoras.

Pues bien, esas animaladas son cosas de poco más ó menos comparadas con la del general Gouko en Polonia, que se entretiene en hacer dar 25 latigazos á un niño de 12 años.

Al fin y al cabo los animales irracionales solo se desahogan contra los objetos; no hacen como ese animal racional que manda á los polacos.

¿No podría ese general hacer gimnasia en los alambres del telégrafo, ó destrozar los postes, ó agujerear madera, ó embestir á las locomotoras?

Algo ganaria la humanidad, aunque perdiesen las compañías de telégrafos y ferrocarriles.

\* \*

Para quemado, un moro de la embajada marroquí.

De vuelta á su tierra, pidió permiso en Cadiz para visitar al valiente comandante Auñón, á quien se ha formado consejo de guerra.

No dejaron entrar al moro, quien, furioso, echando lumbre por los ojos, estendió la diestra hacia el Oriente diciendo:—¡Favorézcale Alah y aniquile el Profeta á sus opresores!

Los que le oyeron dicen que el moro estaba hermoso cuando maldecía á Beranger, que es uno de los opresores.

Un fotógrafo quiso hacer el retrato del marroquí en la actitud trágica descrita, pero el adorador de Mahoma no quiso rebajarse hasta ese

Punto.

Si la maldición del musulmán se ha de cumplir, temblamos por todas las hechuras del actual ministro de Marina. Aniquiladas como quedarán, no se va á encontrar rostro de ellas ni en las oficinas del ministerio.

Yo en esto de maldiciones soy un poco crédulo, pero cúmplase ó no la profecía del moro, aseguro á Vdes. que no me ha de quitar el sueño, porque se me importa un ardite.

Si la maldición hubiera ido contra los pocos barcos que tenemos, era cosa de ir á consultar á La Sonámbula.

(Opera)

¿Y qué me dicen Vdes. de lo de Elena Sanz?

*El lector.*—Créame Vd., señor Elidan, no se meta en esos dibujos y haga Vd. punto final.

—El consejo es bueno. Sigole y firmo.

ELIDAN.

### Á UN GORRÓN

¡Nada! Decididamente  
¡de hoy no pasa!  
El mal se ataca de frente.  
¡Para usted no estoy en casa,  
mi querido don Vicente!

Hace tres años ó cuatro  
que le estoy sufriendo á usted  
en mi casa, en el café,  
en la calle, en el teatro...

¡Eternamente á mi lado!  
¡A todas partes conmigo!  
¡Qué pesado!

Sépalo usted, caro amigo,  
me tiene usted muy cargado,  
y eso de *caro* lo digo  
por lo que usted me ha costado.

¿He de aguantar á un gorrón  
que siempre me ha de moler  
con alguna petición,  
fundándose en la razón  
de que me ha visto nacer?

¡Bueno fuera!  
¡Que le sufra á usted quien quiera!

Yo nací inconscientemente  
por voluntad del Eterno.  
Si sé que está usted presente  
me vuelvo al claustro materno,  
mi querido don Vicente!

Exagerando el cariño  
que dice que me profesa,  
me trata usted como un niño,  
¡y hasta me abraza... y me besa!!

Mas sus caricias rechazo  
y quiero que en paz me deje,  
pues cada beso y abrazo  
me cuestan luego un sablazo  
que me parte por el eje.

Y por eso me incomodo  
y por eso se lo digo;  
el que se porta conmigo  
de ese modo,  
se expone, naturalmente,  
á que yo le diga que  
ni es honrado ni es decente,  
como se lo digo á usted  
¡mi querido don Vicente!

¡Mire usted que es mucho cuento  
sin motivo, ni razón,  
no verme libre un momento  
de semejante gorrón!

No hay manera de evitar  
que me venga usted á ver  
á las horas de almorzar  
y á las horas de comer.

Y es claro, ¡como es tan grande  
el amor que me profesa,  
se sienta usted á la mesa  
sin que nadie se lo mande!

Y come que es un espanto,  
lo mismo que un sabañón,  
y yo por educación  
se lo aguanto.

Toma usted luego café  
¡ya se vé!

Y una copita, y dos puros,  
y con cara lastimosa  
me habla usted de sus apuros,  
y me pide cuatro duros,  
así, como si tal cosa.

Mas ¡basta ya! En adelante  
busque usted algún paciente  
que le aguante;  
¡que yo ya le dí bastante,  
mi querido don Vicente!

¿Le debo á usted algún favor?  
¡No, señor!

Es decir, como no sea  
que al comer conmigo crea  
que me dispensa un honor.

Váyase usted á la porra  
ó busque quien le socorra!

¡Nada! ¡nada!  
No aguanto más una *gorra*  
¡tan pesada!

¡No quiero saber si vive!  
Olvídese usted de mí,  
y no vuelva por aquí  
porque no se le recibe.

¡Ya se lo he dicho al portero!  
—«Si viene ese caballero  
tan gorrón,  
aunque peque de grosero,  
cumpla usted su obligación.

Que á mi casa no se pasa,  
que es esta mi decisión,  
y que si le encuentro en casa  
le tiro por el balcón.»

Eso he dicho y eso haré.  
Lo he pensado seriamente.  
¡Con que ya lo sabe usted  
mi querido don Vicente!

VITAL AZA.

### EL EMPLEADO LABORIOSO

(CROQUIS MADRILEÑOS)

Tirrin... *tirrin*.

—Ande usted, Rodriguez; el jefe llama.

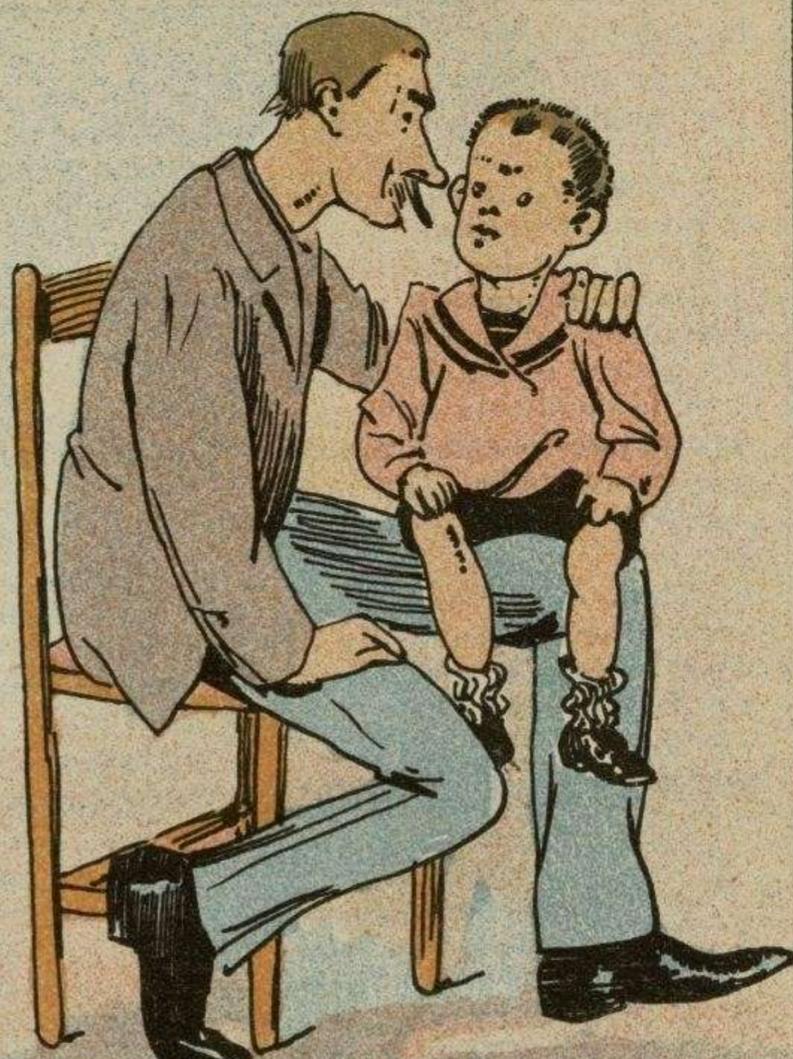
—¡Por vida!... Ahora que estaba despachando este expediente... Hágame usted el favor de ir, amigo Peñasosa.

—Eso es; ¿quiere usted que deje en el aire un soneto tan hermoso?...

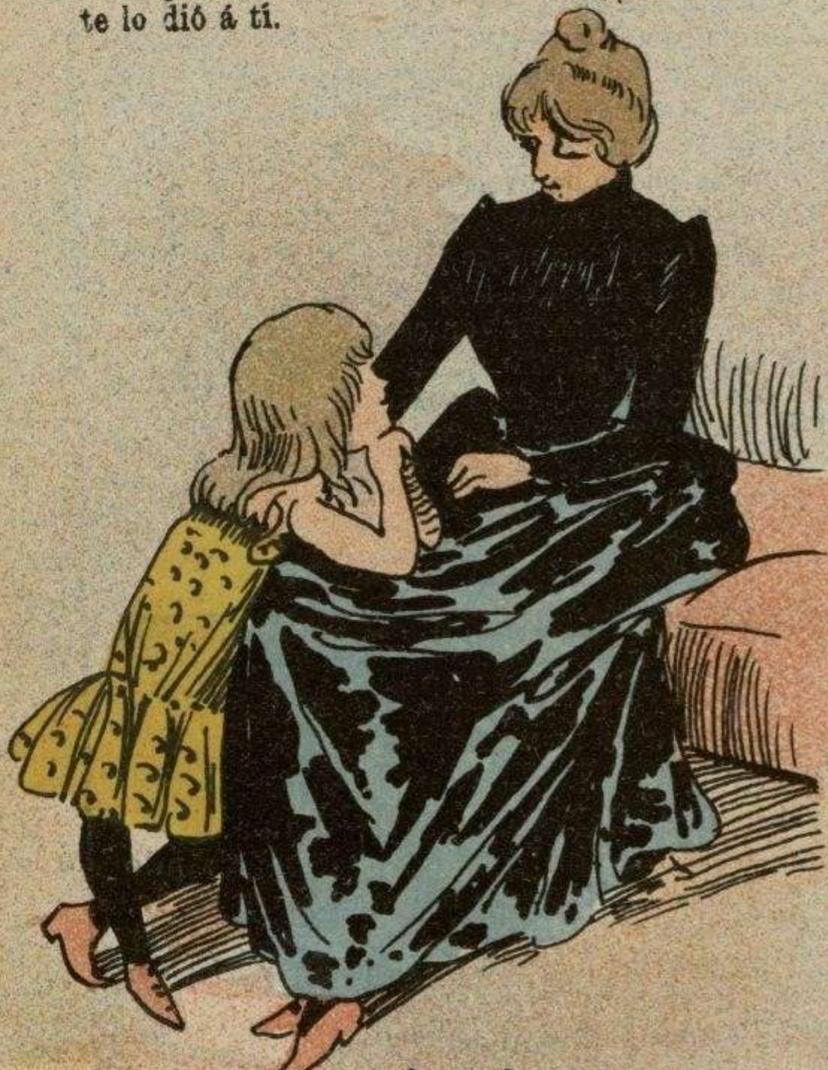
—¡Qué le hemos de hacer! iré yo.



—¡Ya se lo he dicho á la mamá!  
 —¿Y qué le has dicho, ángel mío?  
 —Que ayer, en vez de darme papa un beso á mi,  
 te lo dió á tí.



—¿Dónde tienes la tienda de gorras?  
 —¿Porqué lo preguntas, Manolín?  
 —Porque en casa todos dicen que eres un gorrista.



—Mamá, ¿qué es un cabestro?  
 —Un buey, hija mía.  
 —Entonces papá es un buey, porque la cocinera  
 cuando le vió venir ayer, dijo: ahí viene ese cabestro.



—Joaquinito, ¿están tus papás?  
 —Sí, pero como si no estuvieran, porque me han di-  
 cho: sal y di á ese bruto de D. Nicolás que no estamos.



¡Pescadoras del demonio  
que al mísero pez acechan,  
y una vez pescado, lo echan  
al cesto del matrimonio!

Rodriguez se levanta; se quita los anteojos, coloca la pluma en el tintero, se limpia la ceniza del cigarro depositada en la solapa del chaquet y penetra en el despacho del jefe, que es un señor mal encarado, de modales bruscos é inteligencia escasa.

—A ver si hoy mismo queda despachada esta solicitud—dice sin levantar la cabeza, entregando á Rodriguez un abultado pliego...

—¡Ah! Y tráigame usted un estado de los asuntos pendientes, con la fecha de entrada, el nombre del interesado, objeto, provincia y observaciones que á usted se le ocurran. Lo quiero para antes de las tres.

—Si á usted le parece, diré á Peñasosa que me ayude.

—De ningún modo. Ese chico no sabe hacer nada.

—Como usted guste.

—¡Ah! Desde mañana va usted á venir por las noches á la oficina. Quiero que forme usted una estadística de todos los expedientes despachados desde el año 54 hasta hoy. Tengo el capricho de saber si ha aumentado el afán de hacer solicitudes en los españoles.

—El caso es que yo por las noches trabajo en mi casa. Como el sueldo de aquí es tan corto, necesito ayudarme por otro lado.

—¡Hombre! ¡Me gusta! Si es corto, con dejarlo queda usted despachado, y de este modo le sobrará el tiempo para dedicarse á sus asuntos...

—Es que....

—Vaya. A trabajar, á trabajar; ya sabe usted que quiero ese estado para antes de las tres.

Rodriguez regresa á su despacho hablando para sí y maldiciendo su suerte. En aquel momento, Peñasosa, que busca inútilmente un consonante, le pregunta:

—Dígame usted algo que termine en *on*.

—Melón—dice Rodriguez sin poderse contener; y cae á plomo sobre la butaca como si acabasen de darle la puntilla.

Peñasosa, que ha terminado su soneto, se dirige á la mesa de Rodriguez y quieras que no comienza á leérselo en voz alta.

«Eres como la fuente nacarada que bulle en el vergel de los amores»...

—Bueno, bueno; ya me lo leerá usted más tarde. Ahora tengo que ordenar estos documentos.

—«Pura como el perfume de las flores...»

—Por la Virgen Santísima, señor de Peñasosa!... ¡Déjeme usted hacer este estado!

—¿El señor Rodriguez?—pregunta en aquel instante un caballero presentándose en la puerta del despacho.

—Servidor...

—Pues, yo venía á saber si ha despachado usted un asunto de Villafranca...

—¿De Villafranca?... Diga usted, señor Peñasosa: ¿no tiene usted ese expediente?

—No, hombre, no; se lo he dado á usted hace más de quince días.

—¿Despachado?

—No señor, sin despachar. ¿No se acuerda usted de aquel dolor de cabeza que tuve y que me obligó á estar en cama cerca de dos semanas?

—¿Con que, es decir que el expediente no se ha despachado aún?

—Dispense usted, caballero; pero yo había

fiado en este amigo y.....

—Corriente. Voy á ver al jefe del Negociado.

—Oiga usted.....

—Beso á usted la mano.

Rodriguez descarga un puñetazo sobre la mesa y se dirige á Peñasosa para increparle; pero el funcionario poeta se ha puesto á corregir la poesía y no para la atención en su compañero.

—*Tirrin... tirrin*—hace el timbre del jefe, sonando con estrépito.

Rodriguez se dirige veloz como el rayo á la habitación inmediata, donde es recibido por su superior jerárquico con este chubasco de improperios:

—¡Me están poniendo ustedes en ridículo! ¿Qué han hecho ustedes del expediente de Villafranca? El día que me pillen de malhumor, salen ustedes de esta casa echando demonios...

—Diré á usted, yo...—se atreve á decir Rodriguez.

—¡Silencio! Antes de las tres ha de quedar despachado ese expediente.

—¿Y el estado?

—También.

La existencia de Rodriguez es una lucha constante y un semillero de disgustos. Él tiene la obligación de asistir á la oficina con puntualidad matemática, porque si él no asiste ¿quién va á despachar los asuntos? Peñasosa se dedica por entero á las musas; otro de los compañeros de Negociado está protegido por un personaje de la situación y asiste todos los días á su casa para despacharle la correspondencia y sacar de cuando en cuando á paseo los niños; y por último, al funcionario número cuatro no se le ve el pelo en la oficina porque es sobrino del jefe y está relevado de todo servicio. Solo Rodriguez lleva el peso del Negociado y tiene que luchar con el malhumor del jefe para quien todos los asuntos de la oficina son la cosa más sencilla y fácil de este mundo.

—¿Cómo lleva usted la estadística que le encargué?—le pregunta todos los días.

—Ya me falta poco.

—¡Pero hombre de Dios! ¿Va usted á pasar toda su vida con un trabajo tan insignificante como ese?

—¿Insignificante?

—Ya se ve que lo es. Usted se ahoga en un vaso de agua. Y es necesario que acabe usted cuanto antes esa tarea, para que se dedique á sacar nota de las cantidades que se han abonado de más en España.

—Pero ese va á ser el cuento de nunca; acabar....

—No me replique usted; ya sabe usted que yo no soy hombre que admita réplica de mis subalternos.

El sueldo de Rodriguez no le alcanza ni siquiera para tomar café de cuando en cuando y gracias á que Peñasosa, que lo toma todos los días en la oficina, suele obsequiarle con un sorbito.

—Vaya, Rodriguez—le dice—no trabaje usted tanto. Míreme usted á mí, que me paso las semanas sin tocar un expediente.

—No lo puedo remediar. Estas cosas están en la masa de la sangre. En cuanto tengo algún asunto pendiente, hasta en la cama me consumo, acordándome de él. ¿Creerá usted que no he podido probar bocado esta Noche Buena,

pensando en la estadística que me ha mandado hacer el Jefe?

Peñasosa se rie de su compañero de Negociado, y quizás no le falte razón.

—¿Crée usted—suele decirle—que esa actividad y ese celo han de evitar que mañana ó pasado llegue un ministro y le deje á usted cesante?

—¡Hombre, yo creo que de algo ha de valer mi reputación de funcionario trabajador,—contesta él mirando á Peñasosa por encima de los anteojos.

—Rodríguez, tú te estás matando—le dice su esposa cada vez que le ve llegar al domicilio, cargado de papeles.

—¿Quieres que deje sin despachar este asunto? En la oficina no tengo tiempo para todo y necesito traerme á casa lo mas urgente.

Mientras Rodríguez pasa la noche revolviendo sobre la camilla árduos asuntos oficiales, el jefe del personal celebra con el ministro la siguiente conferencia:

—A ver, Martínez; necesito una plaza de ocho mil reales. Tráigame usted la lista del personal.

—Aquí está.

—Deje usted cesante á uno de ocho.

—El caso es que todos están recomendados.

—¿Quién es ese Rodríguez que no tiene recomendante?

—Este es un empleado antiguo; muy laborioso, muy útil. Si usted quiere puede quedar cesante este otro.

—¿Cuál?

—Peñasosa.

—¿Quién le recomienda?

—La vizcondesa del Corcho.

—Entonces, no puede ser.

—Casi nunca viene á la oficina.

—No importa.

—En cambio, Rodríguez es uno de los más trabajadores del Ministerio.

—Pues déjele usted cesante.

—Pero...

—Peñasosa no sirve para nada y no tendría siquiera disposición para buscarse un destino; mientras que á ese Rodríguez, como es tan trabajador, no ha de faltarle donde ganar una peseta....

Y aquella noche se firma la cesantía de Rodríguez.

LUIS TABOADA.

## EN EL PUEBLO

Un estudiante tronera que tiene bastante guasa está de tertulia en casa del alcalde de... Junquera.

La alcaldesa y su marido, cuyo apellido no sé, han salido no sé á qué pero el caso es que han salido.

La chica se queda sola (digo, con el estudiante) que es atrevido y galante y aficionado á parola: y aprovecha la ocasión de lucir su gentileza. Como es consiguiente empieza la adjunta conversacion:

—No te vayas; oye, Rosa, ya que nos deja solitos la casualidad dichosa, voy á decirte una cosa que no he de decir á gritos.

—Será un pecado.

—No tal.

—Como hay que decirlo así...

—Pero no hay en ello mal.

Es cosa trascendental, solo de tí para mí.

Fíjate, por si te agrada, en lo que vaya diciendo.

¿Tú no estás enamorada de alguno?

—No entiendo nada.

—¿De mí?

—Tampoco lo entiendo.

—Pues haz un esfuerzo. A ver.

¡El callar es consentir!

¿Tú me podrías querer un poco?

—No sé qué hacer.

—¿Mucho?

—No sé qué decir.

—Pues señor, con esa broma no adelantamos un paso y no llegamos á Roma.

—Pues déjalo.

—¡Toma, toma!

si lo dejas no me caso.

—¡Ah! pero ¿es eso?

—¡Caball!

—Pues no importa.

—¡Si es empeño!

(Me trata bastante mal; ¡pero es tan excepcional este candor lugareño!)

Mira, yo he venido aquí pensando desde la corte solo en declararme á tí porque tú eres para mí...

—¿Qué?

—La estrella del Norte.

Yo acabaré la carrera en Setiembre.

—Ya lo sé.

—Me hace falta compañera para después, y quisiera que lo fueses tú.

—¿Porqué?

—¡Vamos, mírame!

—¿Es á mí?

—Si; que gozo cuando miras con casto rubor... ¡Así! Chica, desde que te ví te quiero... ¡Cómo! ¿Suspiras?

—¿Yo?

—¿Porqué lo has de callar?

Anda; no te dé cuidado ni te importe el confesar que me puedes adorar el día menos pensado.

Si te ofendo, me retiro...

¿En qué quedamos, tesoro?

—En que ni callo, ni miro, ni me ofendes, ni suspiro, ni me importa, ni te adoro.

—¡Por Dios Rosa!

—¿Cómo es eso?

—¡Ay! ¡qué mano tan bonita! ¡déjame dártela un beso!



—Correr trás de tí me carga....  
 ¿Qué es lo que haces Enriqueta?  
 —Que te voy dando una larga.



Toda mi vida estaría  
 en este islote á tu lado.  
 —¿Pero no notas, Ramón,  
 que no podemos echarnos?



Este bañero es muy negro;  
 mejor para mi hermosura,  
 que así resalta, y me alegro  
 de mi cutis la blancura.



—Yo estaría todo el año  
 tumbada sobre la arena.  
 —Pues yo no, linda morena.  
 —¿Porqué?  
 —Porque me hago daño.



—Simón, no me meta V. muy adentro, porque tengo  
 miedo.  
 —Pierda V. cudiao, señorita, que en tóo caso nos  
 ajogaremos los dos, porque yo no sé nadar.

—¡A otro can con ese hueso!  
¡Bribón!

—Permíteme.

—Quita.

No se rindió á la sorpresa  
ni se le dió, por supuesto,  
porque llegaron en esto  
el alcalde y la alcaldesa  
y al ver á la autoridad,  
el adorador de Rosa  
siguió como si tal cosa  
con mucha formalidad.

¡El que pensó que en la villa  
yendo de aquella manera  
conquistar muchachas era  
una cosa muy sencilla,  
con sus frases elocuentes  
que Rosa no oyó jamás  
¡no pudo conquistar más  
que un puñetazo en los dientes!

SINESIO DELGADO.

### EL LORO TREMENDO

Doña Gerónima es una señora gruesa, con bigotes, que vive en Madrid de unas rentas que estirándolas un poco llegan á unos catorce mil reales al año, perro más, perro ménos.

Con estos catorce mil reales mantiene y viste á tres hijas que parecen tres cóngrios, de puro feas.

La mamá las llama Mimi, Titi y Lili, y todo el mundo las llama del mismo modo, ignorando por lo tanto sus nombres de pila la multitud de sus amigos y conocidos.

Además de estas tres niñas, tiene doña Gerónima un loro más charlatán que toda la familia junta.

El loro ha sido bautizado con el nombre de Pepín, que es el que llevaba el difunto esposo, que murió de un susto porque un amigo le pidió un día mil reales prestados.

Toda esta familia, doña Gerónima, Mimi, Titi, Lili, y Pepín resolvieron venir á veranear á Barcelona.

El loro no resolvió nada, pero contaron con su asentimiento.

De todos modos, como su tocayo del cuento, estaba dispuesto á ir donde le llevasen.

Salieron de Madrid en un coche de tercera, mirando á la economía más que á la comodidad.

Y se trajeron el loro dentro de una jaula, cosa que hizo poner un gesto atravesado á los demás viajeros.

En esto entró un subteniente retirado, una especie de Marcial Mochila, embutido en un paletó monumental que le había prestado un capitán en activo, que era primo suyo.

El maldito loro, como si se lo hubiesen dicho, comenzó á cantar:

¡Paletó, qué rico paletó!

¡yo no sé porqué te empené!

El militar se volvió furioso y dijo:

—¿Quién es ese loro tan mal educado?

—Usted dispense,—caballero, dijo doña Gerónima—este loro no le ha querido ofender á usted.

—¿Y el paletó? ¿porqué canta eso del paletó?

—Porque es la canción de moda,—contestó Mimi.

—Pues si vuelve á dirigirme alusiones personales, le tiro por la ventanilla.

—¡Eso lo veremos!—dijeron levantándose como movidas por un resorte doña Gerónima y sus hijas.

—Pues que vuelva y lo veremos.

No habían pasado cinco minutos cuando el loro volvió á las andadas:

Era su dueño primero  
el rico banquero  
don Luis de León....

El militar se dirigió furioso hacia el animal; pero la madre y las hijas se agarraron á él con tanta fuerza, que le arrancaron una solapa, dos botones y le hicieron un siete.

Escándalo en el coche.

Se interpusieron los viajeros, llegó un conductor y en la primera estación hicieron cambiar de coche al militar.

—¡Ay!—dijo la familia respirando cuando le vieron fuera.

Pero estaba de Dios que Pepín había de hacer de las suyas.

Acababa de ponerse en marcha el tren, cuando con voz desentonada comenzó á gritar el loro.

Dicen los timoratos  
prudentemente  
que nunca en una mesa  
deben ser trece....

Un zaragozano supersticioso que iba allí, contó los viajeros y vió que eran trece.

—¡Señores, somos trece!—dijo horrorizado.

—Pero no estamos en una mesa,—replicó Lili.

—No le hace. En la primera estación me bajo. Y así lo hizo.

Pepín que tenía un variado repertorio, salió de estampía chillando á grito pelado:

Allons, enfants de la patrie,  
le jour de gloire est arrivé

Dos sacerdotes lugareños que iban en el departamento abandonaron el coche en la primera ocasión que tuvieron.

Sólo quedaron en el wagón las cuatro mujeres, el loro y seis personas más.

Dos de ellas eran comisionistas de buen humor que trabaron conversación con nuestra familia.

Ponderaron las gracias del animal, y al ir uno de ellos á tocarle con el dedo, diciendo: «lorito, saca la pata,» recibió un picotazo que le hizo ver las estrellas.

—No es nada,—dijo doña Gerónima.

—Ya lo veo,—replicó el comisionista restañándose la sangre y renegando como un carretero.

El loro, además de cantar, recitaba.

Delante de él había un señor que tenía unas narices extraordinariamente grandes.

Pepín comenzó á decir con gravedad:

«Érase un hombre á una nariz pegado.

Érase una nariz superlativa....»

El señor del apéndice se puso furioso y también huyó del coche así que se paró el tren.

En vista de las inconveniencias de Pepín, Titi sacó una botella de vino y un pedazo de pan, hizo unas sopitas y se las dió.

El loro era aficionado al mosto y cogió una papalina.

Doña Gerónima cubrió la jaula con un pañuelo de hierbas y pudieron los viajeros dormir

tranquilos.

En Zaragoza se despertó el loro gritando: «¡fuego!»

Se alborotaron los viajeros, acudió el jefe de estación creyendo que se incendiaba el coche, y por último se pudo apaciguar el tumulto.

Doña Gerónima volvió á *empalmar* la chispa dándole nuevas sopitas de vino.

Así llegaron á Lérida, donde había veinte minutos de parada y fonda.

En el coche no iban más que nuestra familia y los dos comisionistas,

—¿Ustedes no bajan?—dijo la mamá á estos últimos.

—No, señora,—replicaron.

—Pues hagan ustedes el favor de cuidar de Pepín.

—Váyanse ustedes descansadas.

Doña Gerónima, Mimi, Tití y Lili se fueron á la fonda á satisfacer el apetito.

Mientras, los crueles y vengativos comisionistas cogieron al loro, que todavía estaba *penque*, y allí donde la empresa ha mandado escribir 40 *asientos* y el público lo ha corregido poniendo 40 *as.n.os*, le colgaron ignominiosamente con una cuerda de bala. Después taparon la jaula y se fueron á otro departamento.

Al volver la madre y las hijas, no se aperciieron del *crimen*, y al ver la jaula tapada, creyeron que dormía á pierna suelta.

—¿Dónde se habrán ido esos caballeros?

—Tal vez hayan tenido...

—Y se han llevado los trebejos.

—Acaso se hayan quedado en Lérida.

—Y Pepín que no dice nada....

—Dejémosle dormir.

Y así siguieron el viaje hasta Sabadell, con nuevos viajeros que se habían introducido en el coche.

En Sabadell comenzó á preocupar á la familia el silencio del loro, y ya iban á quitar el pañuelo de la jaula, cuando un niño que iba enfrente de ellas, dijo:

—¡Mamá, mira aquel loro que está colgado allí!

Doña Gerónima, Mimi, Tití y Lili, se volvieron como movidas por un resorte.

¡¡Horror!!

¡Allí estaba Pepín colgado como un criminal empedernido!

Lo descolgaron y le hallaron frío. Haría unas horas que aquel animal charlatán y provocador había entrado en el reinado de las sombras.

Doña Gerónima y sus hijas se mesaron los cabellos, y lloraban á lágrima viva, y si no hubiese sido inconveniente, se hubieran desgarrado las vestiduras.

Todos los viajeros procuraron consolarlas, pero no lo consiguieron.

Llegaron á Barcelona anonadadas.

Se apearon en una fonda llevando en las manos á Pepín.

Al día siguiente tomaron el tren de vuelta á Madrid, llevándose el precioso cadáver del animal.

Allí le hicieron disecar y le metieron debajo de un fanal.

Cuando alguno les pregunta qué tal les fué en su viaje á Barcelona, rompen á llorar á chorros como cuatro fuentes.

Respecto á los comisionistas autores de la hazaña, no se ha vuelto á saber nada de ellos.

De todo lo que llevamos relatado se puede sa-

car esta consecuencia:

Las personas sólo se vengan de los perjuicios materiales que se les causa. Si Pepín no hubiera mordido al comisionista, á estas horas viviría todavía.

Para tormento de la humanidad.

DANIEL ORTIZ.

## MIS VECINOS

Lector, si quieres saber si hay en mi casa vecinos anda y disponte á leer estos renglones muy finos y baratos, á mi ver.

En el entresuelo mora la señora doña Aurora natural de Villa-Ruda, siendo la única señora que no se oye... porque es muda

Habitante es del primero, según así me han contado, un capitán retirado, que permanece soltero.... porque nunca se ha casado.

El carpintero Facundo, que es liberal furibundo y natural de Antequera, es, señores, un gatera que habita el piso segundo.

Vive en el piso tercero el escribiente Sotero, su esposa doña Ramona, tres hijos; un zapatero, dos canarios y una mona.

El piso cuarto, señores, que es un piso bien pintado... bueno, bonito y de agrado hoy lo habitan.... los calores, porque está desalquilado.

Reside en el piso quinto Don Casimiro Valiente, natural de Carcagente, á quien gusta el vino tinto tanto ó más que el aguardiente.

Lector para terminar, usaré una redondilla: yo resido en la buhardilla por lo que gustes mandar.

J. POVEDA.

## EL PRIMO

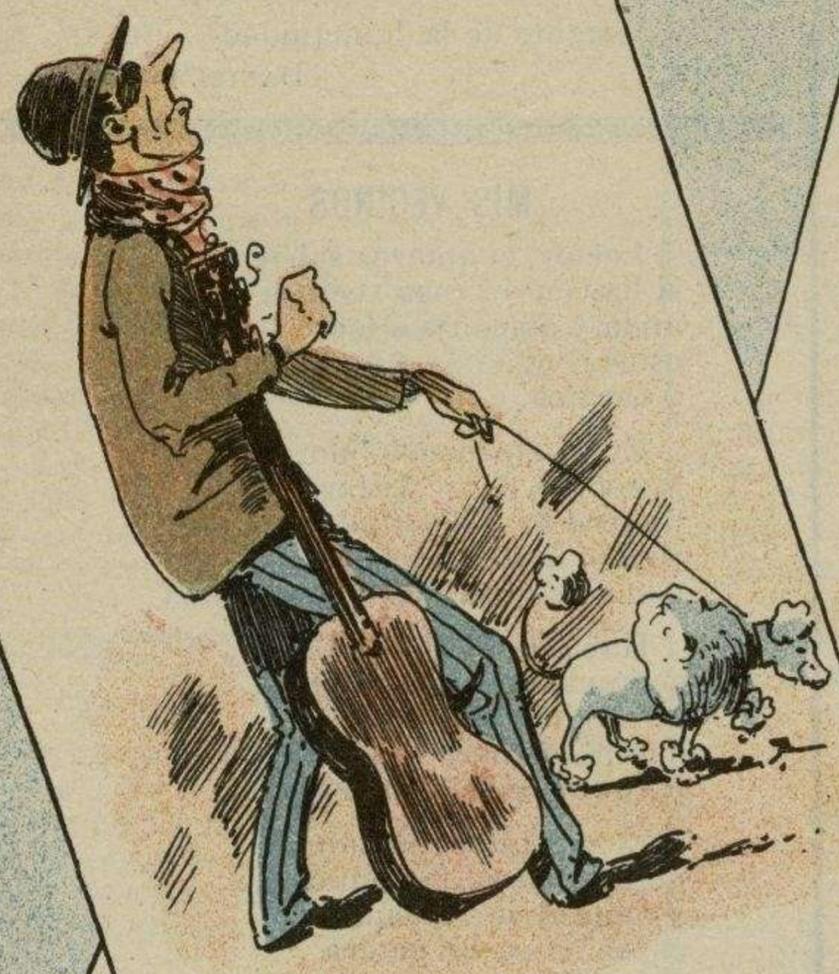
Amigo lector: si tú no has tenido nunca un primo, no te juzgues contrariado por la suerte, que aun puede llegar el caso de que seas feliz, muy feliz.

Porque entre las diferentes plagas que nos acosan en el mundo, la de un primo con todos los atributos y cualidades propios de este parentesco, no cabe duda que es la más insoportable.

Se pueden tener tíos... en Indias principalmente, que siempre es bueno establecer cierta distancia entre los parentescos; se pueden tener

LAS BELLAS ARTES

Música.



Pintura.



Escultura.



Arquitectura.



*Benar*

MESA REVUELTA

UN OGRO



—Orden en las filas y á bajar los ojos, que pasa el zascandil del teniente.  
 —¡Pero, papá!...  
 —¡Pero demonios del infierno!... Así que llegues á casa quince días de arresto, media ración, y si me apuras un poco, te fusilo.



Una vez mató un novillo, y desde entonces Vicente se deja el pelo.  
 —¡Qué pillo!  
 —¿Que qué pillo? ¡Qué indecente?



UN BAÑERO VIZCAINO

—Estás vieja y tienes males, y te abultas como dos, y solo me dás tres reales... ¡que te bañe el señor Dios!



—¡Ay, Carlos, no hay quién aguante ese loco frenesí.  
 ¿Porqué me persigues, dí?  
 —Porque te pones delante.

cuñados y cuñadas, cuando ni los unos ni los otros han salido de la edad de la lactancia; se puede tener suegra, que es ponerse ya en todo el extremo de los casos...; se puede hasta llegar á tener una berruga en la nariz, en la seguridad de que todo será menos molesto que tener un primo.

Cuando es prima suelen variar las circunstancias.

Pero el exámen de las primas no entra por ahora en nuestros propósitos.

Volvamos á nuestro primo.

Una de las cosas porque yo no aspiraría jamás á una corona, es porque los demás monarcas, mis colegas, no me llamasen primo.

Les digo á ustedes que es un dictado que me exaspera.

Entre los primos los hay de consanguinidad y de afinidad.

Los primeros son insoportables, así como los segundos son más cargantes todavía.

Porque, figúrense ustedes un primo de los de parentesco político, que tira al florete; gasta lentes á los veinte años, es individuo de una sociedad espiritista, encomia las notabilidades del can-can, hace versos, que ya está averiguado por un estadista reciente que á los veinte años no hay español que no los haga; toca la flauta por afición, escribe en un periódico por pasatiempo, monta á la inglesa y se empeña en hacerle todas las noches la tertulia á la mujer de uno, que es con quien tiene el verdadero parentesco, pues que al fin y al cabo á uno no le toca nada...

¿No es verdad que hay para desesperarse con uno de estos primos?...

Creo que me responderán ustedes afirmativamente á esta pregunta.

Si no, era cosa que me desesperara hasta con ustedes mismos.

Pues vamos al caso de que el primo lo sea por consanguinidad.

Peor para ustedes.

Ya se vé, como que tiene confianza, y la voz de la sangre dice él que no puede desoirse, y en la infancia ha jugado uno con él al escondite, y al toro, y á la gallina ciega, y siempre le ha llamado á uno primo á secas, y sin denominarle Pedro ó Juan, ó por el nombre que á uno le pusieron en la pila, no hay más remedio sino que uno siga siendo el primo de su prima.

Así es que si un día le hacen falta cinco duros —de estos días trae el calendario de los primos lo menos cinco por semana— en vez de acudir á un extraño que le saque del apuro, lo más natural y más decente parece ser que se dirija al primo.

Porque es lo que él dice en semejantes casos:

—Chico, conozco que tal vez sea molestarte; pero antes de recurrir á un extraño ó á un amigo me he acordado de tí naturalmente. Además de que estoy seguro de que te hubieras ofendido si hubieses llegado á averiguar que otorgaba á otro semejante confianza.

Uno suele responder en estos casos lo que al caso hace: pero no le vale; y lo que suele responder es esto:

—¿Ofenderme?... ¡Quiá! hombre, no, ¡qué disparate! Ya sabes tú que yo no soy nada quisquilloso: además, que yo á nadie quiero coartar su libertad de acción; y en cuanto á que lo pudiese averiguar... si vieras qué poco curioso soy

y cuánto excuso meterme en vidas ajenas... Con que pierde cuidado, y que esas consideraciones no te sirvan de obstáculo para otorgar todas las confianzas que quieras á tus amigos, que yo sé que los tienes muy de veras, y ellos son, por el contrario, los que estoy seguro que se ofenderán si no les dices la preferencia.

—No me convences, hombre, no me convences. Conozco la rectitud de tus intenciones, y por eso mismo te prefiero á los demás... Vaya, pues no faltaba otra cosa sino que teniendo un primo lo pospusiera á los extraños... Tú, por más que digas, serías el primero que algún día me lo habías de echar en cara.

—Te aseguro...

—No hablemos más del asunto; precisamente sobre aquella mesa tienes billetes y unas cuantas monedillas de oro. Los tomaré en oro, porque ahora el papel ofrece algunas dificultades en el cambio. Con que hasta más ver que no tardaré mucho.

—No, hombre, no tardes... ¡Adios!... Es decir, si has de venir á pagarme, que si no, aunque no nos volvamos á ver hasta el día del juicio por la noche, para que no nos conozcamos.

\* \* \*

Y al fin que uno tenga primos que *lo emprimen* á título de la sangre ó de un parentesco político ó de afinidad, vaya por Dios, y tómelo en descargo de nuestras culpas y pecados; pero que también los amigos de sociedad, esos á quienes uno ha visto en una tertulia, en un teatro, en un café ó en una mojiganga de la plaza de toros, quieran tratarlo como primo, pidiéndole favores, ocupándolo en negocios suyos ó contratando empréstitos forzosos, francamente es una de las cosas que acabarán por hacernos renegar de la sociedad y de la civilización.

\* \* \*

¡Señor! ¡haz que los primos morigeren sus instintos! ¡Bastantes plagas pesan sobre la pobre humanidad!...

En el orden de los parentescos hay suegras y cuñadas.

En el orden natural hay pedriscos y langostas que esterilizan los afanes de la agricultura.

En el orden social hay abogados, hay médicos, hay escribanos, y hasta ha llegado á haber alcaldes constitucionales.

En el orden civil y administrativo hay quince empleados para cada uno de los destinos que exigen desempeño.

En el orden político hay aspirantes á reyes, á ministros, á generales y á toda clase de altos puestos...

Hay cada sublevación y cada alzamiento, y cada conspiración y cada intriga en cada año, que ya es cosa de que nadie sabe qué es lo que quiere, ni á donde vamos á parar...

Con que, si sobre todo esto haces, ¡Señor! que los primos continúen persiguiendo con sus primadas... entonces sepamos de una vez que el purgatorio se ha instalado en este mundo y esperemos resignados santamente al día en que se saque ánima.

E.

# SAETAZOS

En el Vallés hay un pueblo que se llama Cánovas.

Siempre hemos dicho nosotros que Cánovas era un pueblo.

\* \*

Antes escribíamos todos *el interview*; ahora comienza á escribirse *la interview*.

Va á suceder aquello de *el tranvía y la tranvía*.

Pero al menos tranvía era una palabra necesaria al idioma ¡pero *interview!*

¿Tanto nos cuesta escribir *entrevista?*

\* \*

Ahora tenemos al viejo Mañé y Flaquer convertido en un Delescluze ó en un Fourquier-Thinville ó en un ciudadano Nerón.

Está indignado porque se conceden tantos indultos de pena de muerte.

¡Y el director del *Diario de Barcelona* acaba de salir de una enfermedad!

¡Cualquiera creería que salía de un matadero!

\* \*

En un cuartel de Limoges (Francia) los soldados de caballería se sorprendieron viendo entrar un caballo enjaezado en el cuartel y ponerse en la cuadra á comer tranquilamente.

Se trataba de un animal que había pertenecido al regimiento tiempo atrás y que no podía vivir lejos de sus antiguos compañeros.

Lo mismo les va á suceder á los conservadores con Romero Robledo.

El mejor día se lo encuentran en la cuadra.

\* \*

En Paris se han hecho muchas apuestas sobre si cantará la Elena Sanz ó no cantará.

Nosotros desde el primer día venimos sosteniendo que no cantará.

Porque se le va á *platear* la voz.

## MISCELANEA

En una reunión se estaban relatando sucedidos. Si á uno le había acontecido alguna cosa al otro más.

Un andaluz concluyó por decir que lo que le había pasado á él no le había pasado á nadie.

—¿Qué le pasó á V.?—dijo uno de los circunstantes.

—Pues me ha pasado en Africa un león por debajo.

—¿Por debajo?

—Sí, señor; yo estaba en lo azotea de una casa y el león pasó por la calle.

Entre dos borrachos:

—Melocotón, eres mi amigo ¿verdad?

—Sí, hombre, sí.

—Tu amistad es antes que todo ¿no es cierto?

—Ya te he dicho que sí, pesao más que pesao.

—Pues bien, Melocotón, amigo mio, tu mujer nos la pega.

En Jaen había una cantadora de café que mataba novillos.

En cierta ocasión tuvo una francachela con unas amigas, hubo bronca, y recibió un botellazo.

—¿Cómo recibió V. el golpe?—le preguntó el guardia en la prevención.

Y la que se lo había dado se adelantó diciendo:

—Pus otra; citando pa recibir.

Nada más respetable que la ancianidad; pero ahora se vuelve uno tarumba con eso de los cabellos plateados.

El otro día viajaba yo con un señor de edad y una linda señora que representaba unos treinta años.

El viejo se quedó dormido y roncaba como un serpentón.

—Parece que su papá de V.—dije á la señora—duerme muy alborotadamente.

—V. me dispense, caballero—me dijo la señora.—Ese que duerme no es mi papá es mi hijo.

Abri la portezuela y me tiré á la vía.

El niño de D. Ramón  
es bruto con tal exceso,  
que tira el melocotón  
y después se come el hueso.

Cuando veo una viuda restaurada  
que toma en el café media tostada  
que gasta perro y que conoce al amo,  
francamente me escamo.

En la prevención:

—Vengo á constituirme prisionero.

—¿Pues qué ha hecho V.?

—Acabo de matar.....

—¿A quién?

—Acabo de matar... el tiempo en el café.



L. S. A. (Madrid.)—Huéleme á plagio.

P. G. N. (Ciudad Real.)—Eso es muy inodoro, muy incoloro y demasiado inocente.

J. L. T.—No sirve.

J. P.—Tampoco eso me satisface.

Olé tu mare.—Algo atrevidillo es; veremos. Puede mandar la firma si gusta.

P. C.—Eso no vale.

F. T.—Hombre, ¿ya ha vuelto á aparecer V? Que sea por muchos años. Creí que había liado V. el petate. Lo que envía es superior como malo.

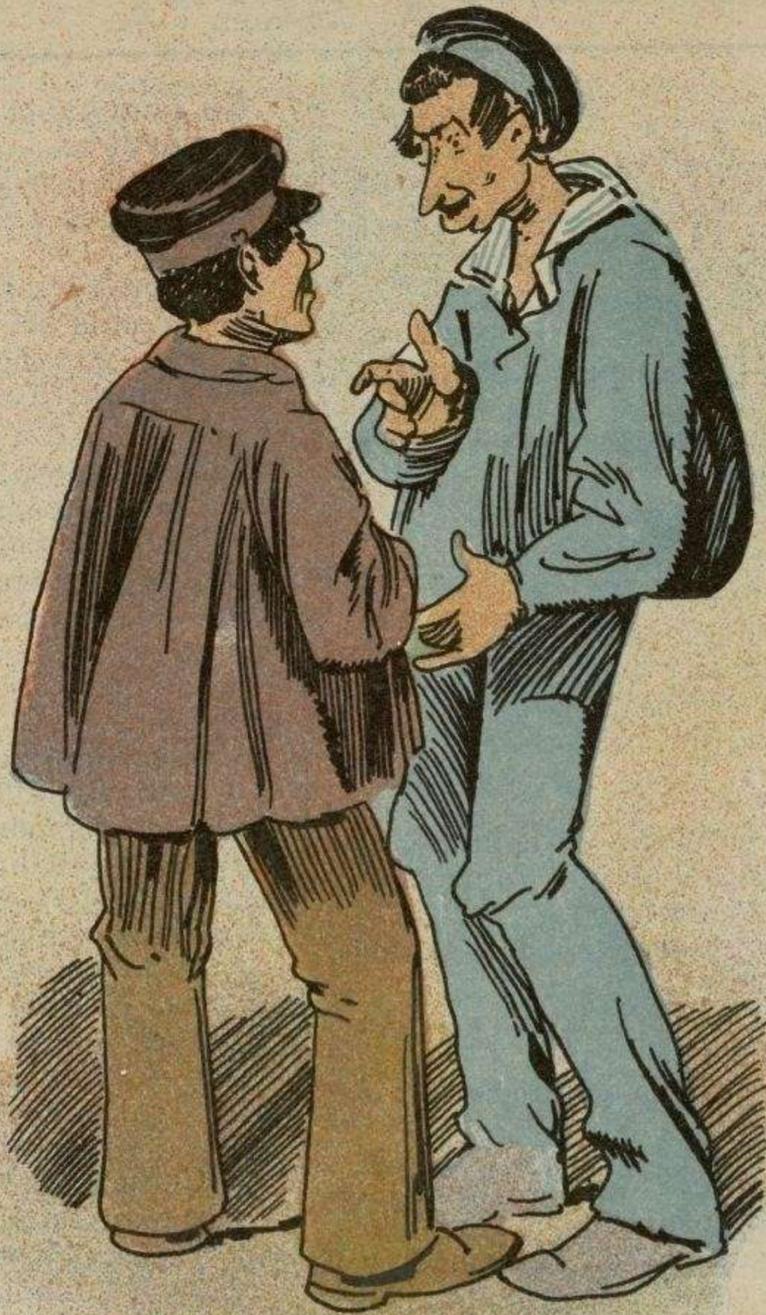
F. F.—No sirve.

G. F. y B.—No, no quiero privar á mis lectores de uno de los desatinos de V.

«Romanza

Adios, orilla del Tajo, donde ví la luz del día,  
Adios, villa encantada, donde el amor conocí:  
Mis votos postreros son para aquella que adoro.  
Brisa, ligera, llévala en tus alas mis adioses.»  
Ahora bien; yo le fusilaba á V.

PRESIONES DE ABAJO



—Tú te vas á declarar en huelga.  
 —¿Y mis hijos?  
 —Que los anime Dios.  
 —¿Y si yo no quisiera?  
 —Te atizaría dos gofetás.  
 —¿Y dónde está entonces la libertad?  
 —En la perra de tu marecita... Conque ¡chitón! y vamos á la taberna.

*M. Gora*

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO  
 Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

**BIBLIOTECA PARA TODOS**

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

**BIBLIOTECA DE BOLSILLO**

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

**GUIDADITO CON ESTO**

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

**TRES MILLONES DE CHISTES**

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.